PARIS EN AMÉRICA

POR EL DOCTOR RENÉ LEFEBVRE:

PARISIENSE.

Traducido para el Correo del Domingo de la 10ª edicion francesa.

Empieza en la páj. 396—CONCLUSION.

CAPITULO XXXI.

Algunos inconvenientes de un viaje á América.

[*Continuacion.*]

Yo miraba aterrado á aquel honrado hijo de Beocia. Y antes de mi viaje á América, decia para mis adentros, me hallaba en el mismo grado de imbecilidad! Tambien yo cifraba entonces mi patriotismo en la igualdad de la servidumbre; tambien yo hacía consistir la libertad pública en la destruccion de todas las libertades particulares, como si despues de ese anonadamiento quedara otra cosa mas que el mecanismo brutal de la administracion. Oh Jonathan! brujo maldito! ¿por qué me has hecho estranjero en mi propia tierra, ó por qué no trasladas á todos los franceses á América durante ocho dias?

—¿Qué piensa usted vecino de mis principios? dijo el boticario sorprendido de mi silencio. ¿No soy hombre del siglo? ¿No soy un patriota y un frances acabado? ¿No son estas mismas las doctrinas que usted ha defendido siempre?

—Tiene usted razon; pero al hacer la enumeracion de las libertades que tenemos, no veo cuáles son las que nos quedan.

—Bah! usted se chancea. ¿Y la libertad de la panadería es nada? Y el sufrajio universal no es todo? En la hora del escrutinio es cuando se conoce á los hombres que jamas adulan al poder. Cuarenta años hace que puedo hacerme la justicia de no haber votado sinó con la oposicion. Bien pueden quebrarme, pero no he doblarme nunca.

—Entretanto usted se deja espropiar sin decir nada.

—Sea dicho entre nosotros, eso me fastidia, repuso el boticario. Qué quiere usted, yo no soy mas que un individuo. Como ciudadano desafío á los tiranos; como simple patentado, no he de ir á ponerme mal con la administracion que todos los dias necesito. Por otra parte, los principios estan ahí: el interes privado debe ceder al interes jeneral. Considere usted que si se conservase su casa, avanzaría por lo menos dos centímetros de la línea jeneral ¿Quién sufriria semejante defecto de simetria? los parisienses todos nacemos con el compas en los ojos.

No habria pasante á quien no chocara esa enormidad y que no clamase contra nuestra municipalidad.

—De cierto, dije, los derechos no son nada, la línea recta es todo.

—Señor, dijo el boticario, no hable usted mal de la línea recta, porque eso me daria muy mala idea de sus luces y de su buen gusto.

—Segun esto, debe usted querer mucho el camino mas corto de un punto á otro, puesto que le hace usted el sacrificio de su industria.

—Si lo quiero? Escuche usted, vecino, le haré una confidencia que estoy cierto de que le causará placer, como lo ha causado á todos mis amigos.

—Estoy atento, como que lo que mas deseo es convertirme.

—Ya ve usted lo que estan haciendo de Paris. Casas viejas, recuerdos antiguos, todos esos restos de un pasado bárbaro estan cayendo diariamente al golpe del martillo de los demoledores y son reemplazados por calles rectas y palacios nacidos ayer. Esto es magnífico; un parisiense mismo no se reconoce ya. Antes de diez años París será una ciudad enteramente nueva: el teatro, la postada y el café del mundo entero. Pues bien, partiendo de las mismas ideas, he concebido un proyecto mas osado y mas hermoso; pongo á toda la Francia en Paris. La provincia ha muerto, ya no hay ni aubernianos, ni gascones, ni saboyardos; mas aun, ni franceses; todos somos parisienses.

—La obra es grande, prosiguió; trátase de fortificar y de concentrar la unidad nacional que mucho deja que desear todavia; pero el medio es de los mas sencillos; prolongo el boulevar de Sebastopol de un lado hasta Barcona y del otro hasta Dunkerque llevo la calle de Rivoli de un estremo hasta Brest y del otro hasta Niza. De paso derribo todo á fin de que nada embarace la línea recta. ¡Qué perspectiva, qué horizonte! Y cuente usted con que el gasto es nada. Las espropiaciones no costaran caro y el aumento del valor de los terrenos será enorme, puesto que siempre estarémos en Paris. Todas las ciudades no seran ya mas que arrabales.

—En medio de la via pongo un camino de fierro; á los dos costados casas con arqueria, para que los anden á pié no sufran ni de la lluvia ni del lodo; pongo teatros de trecho en trecho y cafés por todas partes. Paris viene á ser de este modo el paseo del jénero humano. Esto no es todo; llamo á las artes y me auxilian para dar estilo á mis construcciones. En la estremidad de ese bulevar de doscientas leguas, hácia Bayona, erijo una estátua de ciento veinte pies: la Gloria; en la otra estremidad, hácia Dunkerque, la Victoria. Al fin de la calle de Rivoli, hácia Brest, un grupo de guerreros; abajo hácia Niza, ninfas ofreciendo laureles. En el centro en fin, esto es hácia Bourges, establezco un Walhalla, un Panteon jigantesco. Una columna ó mas bien una pila inmensa, formada de cañones superpuestos elevará hasta las nubes una especie de Minerva con pica, casco y coraza. Esa será la Francia, reina de la civilizacion, de las artes y de la paz. Al rededor de la columna dispongo un vasto pórtico coronado de granadas y obuses que estallan: en lo interior coloco las estatuas de todas nuestras glorias nacionales: Dugueselin, Dunois, Condé, Turenne, Hoche, Kleber, Masena, Murat, etc.; encima pongo estátuas simbólicas, de veinticinco pies de alto cada una. De un lado la Guerra protejiendo á la Industria y las Artes; del otro, la Conquista llevando al estranjero la Libertad: en el centro, la Fortuna y la belleza coronando al Valor. Esto sera noble y grandioso; será uno de esos monumentos patrióticos que inmortalizan un siglo y engrandecen el espíritu de veinte jeneraciones. La inmensidad en la uniformidad, ¡qué ideal!

—Los griegos, le respondi, me parece que hacian consistir la belleza en la proporcion y la variedad.

—Los franceses no somos griegos, esclamó; somos roma-

nos; nada nos place como la enormidad y la simetria; lo jigantesco es lo bello.

Yo suspiré, bajé la cabeza y no contesté.

—Y bien, doctor, vuelve usted á su silencio? ¿Qué piensa usted de mi proyecto?

—Pienso, díjele encojiéndome de hombros, que vengo de un pais en donde se ocupan en levantar al hombre en vez de levantar piedras y construir monumentos. Los pórticos, las columnas, las estátuas forman en el horizonte bella perspectiva; pero hay algo mas hermoso, mas grande, algo mas vivo que derrama en la calle mas estrecha no sé que luz de felicidad, y que hace del sitio mas sombrio un palacio, y eso es la libertad.

—Vaya, repuso en el tono de un autor irritado, le vuelven á usted sus desvarios. Veo que mi presencia aquí es indiscreta.

Se levantó; yo le dejé que se marchara. ¿Qué habia de hacer de aquel viejo loco? Oí que hablaba con mi mujer en la sala, y percibí el nombre de Olybrius y las palabras:—Apresúrese usted, ya es tiempo.—¿Qué significaban aquellas palabras? No me inquieté por ellas é hice mal; siempre debe uno desconfiar de los necios.

CAPITULO XXXII.

Una familia parisiense.

Por fin me levanté y me vestí, no sin echar de menos mas de una vez mi casita de América. No habia baño donde reposar mis fatigados miembros, ni fuego en mi cuarto, ni agua caliente. Los franceses no han comprendido todavia que la primera de las libertades domésticas, es tener todo á la mano y no necesitar de nadie. Era necesario que tirase sin cesar la campanilla, y á cada campanillazo aparecía un lacayo solemne y estirado que me miraba con altaneria y me servia con majestuosa compasion. ¿Donde estabas tú mi pobre Zambo? Tú eras un tanto torpe y ridiculo, pero querias á tu patron.

Una vez afeitado miréme al espejo y tuve cierto placer en volver á encontrar mi cara de otro tiempo, no por que fuera bonita, sinó porque ya estaba acostumbrado á ella; nada incomoda tanto como el buscarse uno bajo una máscara estraña. En el comedor hallé á mi mujer y á mi hija que me aguardaban con mal disimulada inquietud. Jenny estaba bordando un tapiz para aparentar presencia de ánimo. Susana hacia feston y de vez en cuando me miraba con ojos tristes y asombrados.

Me senté á la mesa y no dejé de almorzar con buen apetito. Ocho dias de emocion y de agua pura me hacian saborear con delicia un almuerzo frances y mi añejo vino de Burdeos. Volvia á hallar la patria; mi corazon se animaba, tenia ideas poéticas, cosa que nunca me sucedió en Massachusetts.—¡Oh patria mia! te amo como un enamorado á su querida, siempre riñéndola, pero siempre anhelando para ella toda belleza y toda virtud. ¡Oh mi Francia querida! tienes mas de un defecto de educacion, pero la naturaleza te ha tratado como á un niño mimado.

Nada iguala á la suavidad de tu cielo, á la riqueza de tus cosechas, á la hermosura de tus frutas, al calor de tus vinos. Cuando la fiebre de las revoluciones no enloquece á tus hijos, son ellos urbanos, amables, injeniosos; tus hijas son aun mas ladinas que sus maridos. ¿Qué te falta pues para ser la mas feliz y la mas noble nacion del mundo? ¡Nada mas que esa libertad de que te burlas y que no conoces!

—En qué piensas, Susana mia? dije á mi hija cuyo silencio me admiraba. Ordinariamente ella gorjeaba como un pajarillo.

—En nada pienso, padre mio.

—¿De veras? pues yo adivino que la señorita se inquieta pensando en su mas antiguo amigo.

—No digo que no, padre mio.

—Pues bien, hija mia, fuerza es desterrar esos malos pensamientos. Me hallo tan bueno que solo me ocupo de tu felicidad. Y á propósito, ¿cuándo te casas, hija mia?

Levantóse Jenny como si hubiese sido impulsada por un resorte.

Susana se puso colorada hasta las orejas.

—Basta de niñerias! esclamé. Mi Susana, pronto cumplirás veinte años; tu no éres como esas tontuelas que al oir hablar de marido, se hacen vizcas, mirándose la punta de la nariz. Si tu corazon se ha decidido, dímelo; tengo en ti entera confianza, amiga mia; de antemano adopto el yerno que hayas escojido.

—Susana, dijo mi mujer con voz conmovida, traeme de mi cuarto un poco de lana para mi bordado.

Al decir esto hizo á mi hija una señal de intelijencia que traducida en buen frances, queria decir: "déjanos".

Asi que Susana salió, estalló Jenny.

—Daniel, me dijo, eres cruel. ¿Qué te ha hecho esa niña?

—Cómo! no puedo yo preguntar á mi hija si ama?

—Mi hija, repuso Jenny, no ama á nadie, señor. Es una niña honesta que se conducirá como su madre; aguardará el dia de su casamiento para entónces amar al esposo que le hayan elejido sus padres.

—El dia de su casamiento! Eso es un poco tarde. Si el amor no penetra desde la primera noche, hallará cerrada la puerta al otro dia. Dejar uno su felicidad á la eleccion de sus padres, es cosa peligrosa. Quien se casa lo hace para sí no para su madre. El deber es una cosa bella, pero él no reemplaza la primera y santa ternura de un corazon que se ha entregado libremente.

—No sé de donde sacas esas doctrinas, dijo Jenny en tono áspero. Deberias respetar tu casa lo bastante para no traer á ella esas tristes paradojas.

—Pero, amiga mia, en todos los paises del mundo las jóvenes elijen sus maridos; así acontece en América.

—Somos acaso iroqueses? interrumpió mi mujer.

—Digo lo mismo de Inglaterra, de Alemania, de España misma; se casan con el que aman, y no veo que por eso las familias sean menos felices que en Paris.

—Daniel, tú no tienes sentido comun.

—Es decir que uno de nosotros dos está ofuscado por la preocupacion y discurre erradamente.

—Si, con esta diferencia: que tú eres el único de tu opinion y que en Francia todo el mundo piensa como yo.

—Ah! murmuré, hé ahí á mi tirano, al caballero *todo el mundo*, que le vuelvo á encontrar en mi hogar. ¡Cuánto mejor era mi mujer en América!

Era inútil discutir y para mi es odioso disputar. Ocurrí pues á un espediente de que carecia Sócrates: encendí mi pipa y me entregué á los ensueños.

La paz no duró mucho tiempo. Enrique entró en mi aposento y me abrazó con timidez. Miré á mi hijo y tuve trabajo en reconocerle. Ya no era aquel arboroso voluntario siempre listo para ir á la India ó á la guerra, era un hermoso mancebo que tenia la cara de una muñeca. Tenia una raya en medio de la cabeza, como una mujer; añádase una camisa bordada, cuello parado, sirviéndole de corbata una cinta escocesa. Hubiérase dicho que era una muchacha con paletó; toda su persona tenia yo no sé qué de gracioso, delicado é indolente.

—¿De dónde vienes hijo mio? díjole su madre.

—De lo de mi peluquero, mamá.

Su peluquero! Mi hijo necesitaba un peluquero! Yo le contemplaba como á una cosa curiosa.

—¿Has estado esta mañana en el picadero? continuó Jenny.

—Si mamá, y en la sala de armas.

—Muy bien, dije, yo gusto de esos ejercicios viriles. Es necesario que un jóven sepa montar á caballo, nadar, boxear, tirar la pistola y la espada; es preciso que el hombre civilizado combata sin descanso la molicie de una vida que le enerva; pero, Enrique mio, eso no es todo, es necesario igualmente tener una posicion. Tienes diez y seis años, eres hombre; ¿que vas á hacer?

—Pobrecito, esclamó Jenny. Déjale que disfrute de sus años felices, pues todavia no es bachiller.

—Pues bien, que se haga bachiller.

—Tengo tiempo, papá, dijo Enrique bostezando. El año que viene me daras un maestro aparte.

—¿Para qué?

—Todos tienen maestros particulares, dijo Jenny encojiéndose de hombros. Ahí está el hijo del señor Petit el banquero. No sabia nada; pero en tres meses un hombre del oficio le embutió toda una enciclopedia en la cabeza. Ha dejado pasmados aun á sus examinadores.

—Y tres meses despues era tan ignorante como el primer dia.

—¿Qué importa eso? dijo Jenny, era bachiller, título que encamina á todo.

—Sé pues bachiller, hijo mio, y no aguardes al año que viene. Quiero que á los diez y seis años tengas una profesion.

—Todavia falta que estudie derecho, dijo mi mujer.

—En efecto, tres años de pasearse en el Bosque y en otras partes, salvo una enfermedad crónica que se llama exámen. Tres años, los mejores de la vida tontamente perdidos en la ociosidad ó en deplorables placeres! Eso no quiero yo. Que tenga primero una profesion y en seguida que estudie derecho sériamente. Habla, hijo mio, ¿qué profesion eliges?

—La que usted quiera, papá, respondió abrazando á su madre. Jenny se le sonreia como diciéndole. "Paciencia, hijo mio, tu padre no tiene sentido comun."

—No tienes ninguna vocacion, á nada te sientes inclinado? pregunté á Enrique.

—No papá, eso le corresponde á usted; con tal que permanezca en Paris, que monte á caballo y que me divierta con mis amigos, todo es igual para mí.

—Hijo querido, cuanto nos ama! dijo Jenny alisándole el cabello.

—Divertirte! esclamé, ¿quién te ha imbuido esos principios? Amigo mio, el hombre no vino al mundo para divertirse. El trabajo es la órden de Dios, el freno de las pasiones, la gloria y la felicidad de la vida. En América no hay un hombre de tu edad que ya no se baste á sí propio y que no tenga el sentimiento de su deber y de su dignidad.

—Daniel, dijo Jenny con visible impaciencia, ¿por qué atormentas á este niño que solo quiere complacerte? Aguarda un poco de tiempo, que hará lo que todo el mundo.

—Es decir que no hará nada.

—Tendrá un empleo.

—Es lo que yo decia, repuse indignado al ver aquella debilidad maternal. Un empleo, hé ahí la gran palabra, mi hijo será empleado!

—Todo el mundo lo es hoy, dijo mi mujer. Muéstrame un hijo de familia que haga otra cosa! ¿Por qué quieres singularizarte?

—Cómo! Enrique, dije, no preferirias ser el artesano de tu fortuna y solo deber tu posicion á tu trabajo y á tu talento? Es nada la independencia? ¿No quieres ser abogado, médico, fabricante, comerciante?

—¿Por qué no le propones que sea especiero? dijo Jenny con un desden que me hirió.

—Muy bien, señora! Pesar azúcar por su propia cuenta, es cosa vergonzosa, pero cerrar cartas y arreglar espedientes por cuenta del gobierno, es noble, es glorioso! Y para conseguir esto, rogar, solicitar, renegar sus opiniones, adular á hombres á quienes no se tocaria la mano!

—Otro tanto hace todo el mundo, dijo Jenny. Te crees tú mas sabio ó mas virtuoso que todo el mundo?

—¡Oh preocupacion, preocupacion! esclamé. Pablo Luis, tienes razon: somos un pueblo de lacayos!

Yo estaba furioso, andaba á grandes pasos en el aposento, daba puñetazos en la mesa. Enrique bajaba la cabeza y callaba, Jenny pálida y con los labios contraidos me seguia con los ojos.

—Daniel, dijo, pon término á esta escena ridícula. Olvidas que no puedo sufrir semejantes emociones. Cuando te hayas calmado, espero que oiras la razon. En este momento no sabes lo que dices.

—Señora, le dije, me parece que en presencia de mi hijo semejantes palabras estan fuera de lugar. Eso es faltarme al respeto que se me debe.

—Amigo mio, dijo, estas enfermo.

—Basta! esclamé. Esa piedad es harto inconducente. Yo te mostraré lo que es una cabeza de familia. A pesar de tus preocupaciones y de tu desesperacion, obligaré á mi hija á que se case por inclinacion, obligaré á mi hijo á que elija una ocupacion de su agrado y que tenga una posicion independiente.

—Estas loco, Daniel, dijo Jenny cruzando las manos.

—Estoy en mis cinco sentidos, señora, y haré ver á usted que soy el amo de la casa.

—Está loco, gritó mi mujer bañada en lágrimas, y se echó en los brazos de Enrique, que se puso á llorar.

En aquel momento abrióse la puerta de par en par y una voz anunció al señor doctor Olybrius.

CAPITULO XXXIII.

El doctor Olybrius.

Entró, todavía le estoy viendo. Una frente calva con mechas de cabello rojo que flotaban de derecha á izquierda, espejuelos de oro, sonrisa hipócrita, triple barba perdida en las profundidades de una ancha corbata, frac verde con una cinta abigarrada con los colores del arco íris: todo anunciaba al tonto que ha conseguido salir bien en su carrera.

Detras de él caminaban como dos corchetes, el abogado Reynard, que con sus ojos de garduña parecia estar siempre buscando un agujero donde esconderse, y el grueso coronel Saint Jean, apoyado en su muleta y arrastrando su abdómen y su gota. ¿Qué queria conmigo aquel grupo grotesco? Dios mio! íbalo á saber á mis espensas!

—Buen dia, hermosa señora, dijo Olybrius tomando la mano de mi mujer y aplicando á ella sus labios; ¿se ha repuesto usted de sus fatigas y emociones? Cuídese usted. El corazon es el órgano débil en la mujer; no se deje usted asesinar por su sensibilidad.

—Buenos dias, doctor, dijo con aire desenvuelto tendiéndome una mano que no me atreví á rechazar. Mucho me alegro de verle ya levantado; de modo que estoy aquí como amigo y nó como médico. Lo he dicho así á estos señores que venian como vecinos á saber cómo se encontraba usted y que no se atrevian á entrar conmigo.

—Buenos dias, señor Lefebvre, dijo el coronel. Voto á brios! ¿con que hemos estado enfermos por acá? Pero ha habido resistencia; mucho me alegro de ver á usted bueno, voto á brios!

Reynard no juró, pero en el tono mas almibarado me hizo un cumplimiento tan ambiguo, que sin saber por qué me sentido herido.

—¿Cómo se siente usted? me dijo Olybrius.

—Muy bien, le respondí.

—Tanto peor, dijo, porque eso no es natural; eso prueba que el veneno no ha sido todavia neutralizado. Despues de ocho dias de destrozos causados por el opio, deberia usted estar medio muerto, sin pulso y sin voz.

—Es un hombre de hierro, dijo el coronel. Con mil diablos! qué buen carabinero habria sido.

—Querido cólega, dije á Olybrius, su diagnóstico le ha engañado. Mi caso es tan estraordinario, que en lugar de usted cualquier sabio hubiese tambien perdido su latin. No he sido envenenado con ópio; he sido magnetizado y trasportado á América, de donde volví anoche.

—Diablos! gritó el coronel, eso ya es demasiado. Yo he mandado un rejimiento de gascones que no tenian iguales para la charla y la guerra; pero usted se lleva la palma.

—Querido cólega, dijo Olybrius con voz agridulce, yo siempre sé lo que digo. Ahí están los hechos; nada es mas brutal que un hecho. Que usted se haya imajinado haber estado en América, eso no me asombra, es efecto del ópio; pero yo, que he asistido á usted durante ocho dias con sus noches, sostengo que ha estado usted en carne y hueso en su cama sin moverse de Paris.

—Señor, respondí, vengo de un pais donde la verdad reina por completo. Allí he cobrado horror á las mentiras oficiosas ú oficiales. Usted puede creer lo que el

plazca, yo no diré sinó una cosa: en carne ó en espíritu, no lo sé, he pasado ocho dias en América.

—Efectos del ópio, dijo Olybrius sacando su caja de rapé y saboreando una narigada. El cerebro no está libre todavia, la ilusion persiste. Mi querido señor, es menester, reaccionar con su razon, pues sinó los lóbulos cerebrales vendrian á ser el centro de un desórden grave y tenaz. En estos casos, ya usted lo sabe, el primer remedio es espulsar una idea fija, y creer las cosas sobre la palabra del médico. Usted no ha estado en A-mé-ri-ca, añadió, midiendo cada una de estas sílabas en tono imperioso.

—Usted me permitirá, señor, que conserve mi opinion.

—Daniel, gritó mi mujer desconsolada, por Dios, no insistas, te pierdes!

—Amiga mia, repuse sonriendo, con qué voz me dices eso! Me parece que escucho á la pobre Raquel en el papel de *Roxana*:

Écoutez Bajacet! je sens que je vous aime,
Vous vous perdez; gardez de me laisser sortir.

Por toda respuesta Jenny levantó los brazos al cielo y tomando á Enrique de la mano huyó del aposento escondiendo la cara en su pañuelo.

—Voto á brios! dijo el coronel, está usted afligiendo á su mujer. Qué diablos! se puede mentir para agradar á las señoras. No es usted frances, voto á brios!

—Querido vecino, dijo el abogado hablando á media voz, como si empezase á alegar, razonemos. Si usted ha estado en América, ha visto usted ese pais en sus detalles, le conoce usted á fondo; si usted ha soñado, no tiene sobre este punto mas que ideas incompletas, confusas, y, digamos la palabra, quiméricas. Permítame usted que le dirija algunas preguntas que le volverán á la vida real, permitiéndole convencerse por si mismo de la falsedad ó de la verdad de sus impresiones.

—Hable usted, señor, le escucho.

—Durante su mansion en América, ha visto usted que la jente se tire pistoletazos en la calle? ¿Han colgado dos ó tres personas por dia en virtud de aquella ley de los faroles, de aquella *Lynch law*, cuyo nombre y acaso cuya idea nos han tomado los americanos?

—Señor, le respondí, abandone usted á los diarios esas cuchufletas. Los americanos son cien veces mas pacíficos y mas civilizados que nosotros. Aun el duelo es allí desconocido.

—Voto á brios! gritó el coronel, ya eso es demasiado. Un pais donde los hombres no se desafian! Oh! ese pais no existe! Segun eso solo hay relijiosas del Sagrado Corazon en ese convento?

—Efectos del ópio! dijo Olybrius; todo se ve hermoso.

—Diga usted feo, repuso el coronel. Voto á brios! si yo estuviese por allá, daria de bofetadas á todos para ver si tienen el corazon en su lugar.

—Hay un gobierno en América, dijo el abogado, ó por lo menos ha hallado usted vestijios de eso por acaso?

—Señor, dijele, hay el mas hermoso de los gobiernos: el que administra menos, el que deja á los ciudadanos la mayor libertad para gobernarse á sí mismos.

—Efectos del ópio! repuso Olybrius. Todos sabemos que la América es una pura anarquia.

—Tómese usted el trabajo de ir á los Estados Unidos, dije con impaciencia, y allí verá usted un gobierno central, treinta y cuatro estados particulares, treinta y cinco senados y treinta y cinco cámaras de representantes. No creo que los salvajes hayan imajinado semejantes combinaciones.

—Voto á brios! dijo el coronel, treinta y cinco nidos de abogados y de charladores! Si fuesen posibles semejantes locuras, iria espresamente para echar por la ventana á las treinta y cinco nidadas! Al hombro armas, preparen, etc., todos los pájaros se vuelan, y entonces voto á brios! se tiene un gobierno que no se pone mohino.

—¿Hay allá ministerios? preguntó el abogado con su voz menos agria.

—Sin duda.

—Un ministerio de cultos, por ejemplo?

—No, las iglesias son sociedades independientes. Cada una puede abrir un templo sin recelar nada de la ley.

—Es imposible, dijo el abogado. Eso seria entregar la sociedad á las intrigas de los sacerdotes, á todos los ódios de la relijion. Diariamente habria una San Bartolomé.

—Señor mio, le respondí, la cosa puede talvez ser imposible, pero ella existe; y añado que en pais ninguno hay mas tolerancia y caridad.

—Efecto del opio! dijo Olybrius.

—Y no solamente la iglesia es libre, continué animándome, sino tambien la escuela y el hospital. Todos pueden enseñar, todos pueden aliviar la miseria sin necesidad de poner la mano al gobierno y de dirijirse á la policia como si se tratase de abrir una mala casa.

—Es un sueño, dijo el abogado, es materialmente imposible.

—Efecto del opio, dijo Olybrius.

—Doctor Olybrius, esclamé, si alguno en este momento tiene una idea fija, me parece que no soy yo.

—Yo no tengo idea, doctor Daniel, repuso, que lo digan estos señores. Me basta hacer notar que hasta ahora usted no ha dicho una palabra que acredite sentido comun.

—¿Hay consejo de Estado en América? preguntó el abogado, que tenia toda la tenacidad de un juez de instruccion.

—No, señor; la justicia atiende á todo, la misma administracion está sujeta á ella.

—¡Qué quimera! dijo Reynard; un pueblo no viviria seis meses sin esa admirable separacion de poderes, que constituye la gloria de nuestra inmortal Constituyente. Suponga usted que la salud del Estado exije que sea usted arrestado sin forma de proceso, ¿qué se haria en ese pais de hurones?

—¿Qué se haria? respondí. Los procedimientos están determinados: el audaz que se habia colocado arriba de las leyes seria emplazado y se le condenaria en unos cien mil francos por daños y perjuicios.

—Qué dice usted! y que vendria á ser de los prefectos? estarian entonces demas.

—No hay prefectos.

—No hay prefectos! esclamó riéndose; no hay prefectos? Y qué quiere usted que hagan los ciudadanos si no hay quien obre por ellos?

—Válgame Dios! ellos mismos entenderán en sus asuntos. ¿Todavia no ha pensado usted en esto, señor hombre de Estado?

—No, dijo ásperamente, yo solo pienso en las cosas posibles. ¿Quién dirije allá el espíritu público y enseña á los ciudadanos á pensar?

—Nadie ciertamente.

—Pues qué, ¿no hay una direccion de la prensa?

—No señor. En ese pais de hurones, como usted le llama, cada cual dice é imprime lo que quiere, bajo la sola garantia de la justicia y de las leyes. Los diarios son allí mirados como un beneficio. Se les favorece, se les multiplica por todas partes. No hay fianzas, no hay timbre, no hay nada que impida que la luz se derrame, nada que trabe la libertad.

—Diablos! dijo el coronel. En esa tierra la jendarmeria andará muy ocupada.

—No hay allí jendarmes, señor coronel.

—No hay jendarmes! Basta eso, voto á brios! y digo que no quiero oir mas. Si usted no está loco de atar, vecino mio, pido que Charenton sea demolido. Nunca los he visto iguales. No hay jendarmes! Por qué no decirlo todo de una vez: no hay ejército, ni infanteria, ni caballeria, ni artilleria, ni jenerales, ni coroneles, ni capitanes; una sociedad de paisanos ó de iroqueses, como no se viera nunca!

—Coronel, dijele, en sesenta años la América no ha tenido ejército; que venga la paz y el restablecimiento de la Union, y no volverá á tenerlo. Dice usted bien,

aquella no es una sociedad de soldados.

—Basta, jóven, dijo frunciendo el ceño. Respete usted mi bigote blanco. Yo soy una alma de Dios, voto á brios! pero he despachado al otro mundo á algunos que no me habian charlado tanto como usted hace un cuarto de hora.

—Efectos del opio, dijo Olybrius. ¿Cómo es posible vivir sin jendarmes y sin ejército? Si asi fuera, podrian los hombres reunirse à cada paso en la calle ó en otras partes, charlar de política, criticar al gobierno, armarse y qué se yo que mas.

—Efectivamente, repuse, todo eso se hace y la paz no se altera. Los ciudadanos libres y acostumbrados á la libertad, saben como se han de conducir. En caso necesario ahí está la ley. Basta un empleado de policía y un juez para mantener el órden y castigar al culpable.

—Basta ya, dijo Reynard, echando una mirada á Olybrius. Doctor, estoy convencido.

—Y la medicina, dijo el solemne imbécil, dando vueltas á su caja de rapé entre los dedos, ¿cómo es ejercida en ese pais de cucaña?

—Eso, respondí, fué una de las cosas que mas me llamaron la atencion; allí las mujeres practican la medicina y con buen éxito.

—Diablos! dijo el coronel; que no hubiera yo tenido un cirujano con zagalejo cuando estuve en Constantinopla tirado de espaldas durante tres meses con una bala en la pantorrilla! Habria dado todos los médicos por una sola médica. Esto es un equívoco, pero de lo bueno, voto á brios!

—Ni es esa, añadí, la única profesion que allí ejercen las mujeres; ellas se han apoderado de la enseñanza; ellas son las que educan á la jóven América.

—Qué lindos soldados harán! dijo el coronel. Vaya una escuela donde se ha de enseñar á darse trompadas, primer aprendizaje de la guerra y de la civilizacion! ¿Qué ha de salir de ahí, sinó hombres afeminados?

—De ahí salen setecientos mil voluntarios que pelean como héroes.

—Diablos! dijo el coronel, no repita usted lo que dice el diario. Dos años hace que mi gaceta me habla todas las mañanas de esos famosos conscritos que corren unos en pos de los otros sin atraparse nunca. Ah! si yo me hallase allí no mas que con mis soldados del décimocuarto ligero, pobres de los que yo acometiera, cualesquiera que fuesen con tal de complacer al gobierno. Estoy de la América hasta los ojos; deseo que se lleve la revolucion á otro pais para variar un poco y divertirme.

—Supongo coronel, que usted no defiende la esclavitud?

—No se me dá un ardite de los negros; pero á esos sus americanos los execro. Son una turba de pelones y demócratas que están dando un pésimo ejemplo á la Europa y manchando la civilizacion. Por eso es que deseo que el Norte se trague al Sud y que se atragante con él. Esa es mi política, y voto á brios, que no soy el único de esa opinion!

—Señor, díjome Olybrius levantándose con majestad, permítame usted resumir en algunas palabras nuestra conversacion.

Las respuestas de estos caballeros, amigos y vecinos de usted, llenas de sensatez y de verdad han debido convencerle de que su cerebro no se encuentra en estado normal. Una sociedad sin administracion, sin ejército, sin jendarmes, con la libertad salvaje de rezar, de pensar, de hablar, de obrar cada cual á su modo, es, y no puede usted dejar de convenir en ello, una de esas abominables pesadillas que solo el opio puede causar. Ese sistema no duraria un cuarto de hora: es la negacion de todos los principios y de todas las condiciones de esta civilizacion nuestra que constituye la unidad de nuestra gran nacion.

Con haber constituido una administracion jerárquica y centralizada, la sabiduria de nuestros padres hace largo tiempo que elevó á la Francia al primer rango y enseñó á los franceses que la libertad es la obediencia. Esa es nuestra gloria y nuestra fuerza, no lo olvide usted, mi querido cólega, y vuelva en sí

Esas ideas anárquicas que perturban su cerebro, y nunca penetraron en una cabeza francesa, harto claramente dicen á usted que está enfermo, y tanto mas enfermo cuanto que no lo siente. Es urjente que usted se cuide, digo mas, que solo un tratamiento enérjico puede volverle la posesion de sí mismo y la calma perdida.

—¿Por qué no dice usted ya que estoy loco y que es preciso que me encierren?

Olybrius suspiró, tomó rapé entre el índice y el pulgar, le aspiró lentamente mirándome con aire contrito.

—Pobre amigo mio, dijo, está usted gravemente atacado, pero yo le curaré y le salvaré á su pesar.

Sentia bramar la cólera en mi corazon, y me costaba reprimirme.

—Concluyamos señor esta comedia, le dije; ya dura demasiado y estoy fatigado.

Olybrius se puso colorado hasta las orejas.

—Señor ,dijo, ahuecando la voz, usted toma las cosas de una manera estraña.

—No se enfade usted, querido doctor, pues puede darle un ataque de apoplejia.

—Doctor Daniel, dijo rechinando los dientes, yo no soporto impertinencias. ¿Sabe usted con quien habla?

—Sí, con un necio.

—No olvide usted, señor, que tiene en mí á un hombre á quien han condecorado todos los soberanos de Europa.

—Hablemos de eso, repuse. Se hace encuadernar con tafilete punzó un volúmen de necedades, y se le deposita en la embajada, y con esto hé aquí al autor nombrado comendador ó caballero del Hipopótamo ó del Cóndor. Las cruces! esa es la limosna que los príncipes arrojan á los mendigos de la literatura.

—Sabe usted, señor, repuso Olybrius echando espuma de rabia, sabe usted que á los treinta y dos años fuí nombrado miembro de la academia de medicina por voto unánime?

—Vaya! mas en mi abono. Si usted hubiera tenido talento habria tenido enemigos; le hubieran tenido á la puerta hasta los cincuenta años y no habria sido recibido sinó por un voto de mayoria. Los tontos no deslumbran á nadie, asi es que entran en la academia como en un molino.

Yo conocia que habia ido demasiado lejos. El coronel se reia á carcajadas; pero Reynard me miraba de un modo estraño y Olibrius se ahogaba.

Estaba viendo el momento en que cambiaban los papeles, y que el enfermo iba á sangrar al médico.

El abogado tenia indudablemente algun elixir en su gaznate, pues que dos palabras echadas al oido de Olybrius devolvieron al imbécil toda su serenidad. Una diabólica sonrisa iluminó las arrugas de su cara. Acercóse al coronel, tocóle en el hombro y le llevó á un rincon, seguido siempre de Reynard, su fiel consejero.

Ese modo de obrar, ese conciliábulo tenido en mi casa y sin mí, me pareció estraño. Me paseaba á largos pasos, pronto á dar un estallido, cuando Olybrius salió sin saludarme. Reynard por el contrario, hízome una profunda reverencia. El coronel se acercó á mí con aire jovial. Sus ojos brillaban.

—Ha puesto usted de vuelta y media á ese parroquiano.

—He hecho mal, le respondí.

—No digo eso, repuso Saint Jean; me ha dado usted un verdadero placer, voto á brios! Detesto á estos paisanos que se hacen cubrir de condecoraciones sin haber arriesgado nunca mas que el pellejo ajeno. Pero, aquí entre los dos, nuestro hombre no va contento. Es natural, ¿no es verdad? Dice que usted le ha insultado; exije que usted se disculpe.

—¿Yo?

—Tranquilícese usted, dijo el coronel; le he hablado claro, él es razonable y he arreglado el asunto.

—Muy bien.

—Tienen ustedes que batirse.

—Batirnos? dije muy asombrado. Y cuando?

dad. Otro sueño mas que es menester que guarde para mí, ó guay de los chorros de agua fria y las sangrias!

—Mi suerte está fijada; he jugado contra las preocupaciones una partida peligrosa y he perdido. Un tonto, que se titula médico, me ha declarado loco; mis buenos amigos han confirmado con alegria la decision de la ignorancia. Héme aquí encerrado y para siempre. ¿Puedo yo acaso estinguir en mi cerebro esta llama que me ilúmina? ¿Puedo renegar la verdad? No! He conocido la libertad, he saboreado un tanto ese néctar que embriaga, he entrevisto lo ideal eterno, soy un loco! no quiero sanar!

—Los franceses tienen aun mas injenio que el que ellos se atribuyen. Encarcelar á los hombres que piensan, que discurren y que hablan, es un golpe de mayoría cuyo triunfo es infalible. Donde está la fuerza allí está la opinion. Ea, carneros felices! rumiad la yerba en silencio; decid en medio de balidos que sois los reyes del mundo; no serán vuestros pastores quienes os nieguen ese placer inocente. Solazaos, gozad de la vida, nada teneis que temer. Los insensatos estan tras de rejas, ellos turbarian vuestra quietud; cuanto mas sabio es un hombre, mas se rie.

—Mi mujer no viene á verme. Es tan sensible! la compasion la mataria! No quiero que mis hijos sufran. Pobre Enrique, si llegase á adquirir mi dolencia, ¿cómo habia de hacer fortuna? Y tu, Susana mia, te amo demasiado para hacerte llorar. Las lágrimas de una hija es la única prueba que puede quebrantar á un màrtir.

—Mis vecinos no me han olvidado. Rose me escribe que mi malaventura no le ha sorprendido. Reconoce en ella la mano de los jesuitas; mi mujer iba con demasiada frecuencia á misa! Sigue la pista á un vasto complot tramado por los reverendos padres; son ellos, dice, los que empujan al norte sobre el sud, los que ajitan la Europa, los que preparan la caida del sultan. Todas las revoluciones son obra suya; son causa de todas las miserias; su periódico le ha revelado este misterio de horror y de iniquidad. Rose es un hombre sensato, puesto que se pasea por las calles, yo soy un loco, puesto que me han encerrado.

—Hé aquí una carta del coronel. El valiente Saint Jean se escusa de haber ayudado á mi prision sin saberlo.

—Dice que ha querido cortarle las orejas á Olybrius, pero que el bribon se ha negado á la operacion. El coronel añade que si se ha portado mal conmigo, está pronto á darme una reparacion. Para quitarme el derecho de quejarme, me ofrece que nos levantemos la tapa de los sesos mútuamente. La partida no es igual; no puedo admitir tan amable proposicion. Saint-Jean me habla de politica; ve estallar la guerra por todas partes para la primavera; su alegria es inmensa. Es un soldado; está convecido de que los hombres estan en la tierra para matarse unos á otros. Si las madres, despues de infinitas angustias, educan á sus hijos hasta veinte años, es para mandarlos al matadero. El coronel está libre; es un hombre razonable, yo soy un loco.

Leamos el diario; no soy mas que un espectador que desde su palco enrejado mira la comedia y los actores de su tiempo. Usemos pues del único derecho que me queda, silbemos!

Leamos:

"Acaba de aparecer una nueva obra del señor Reynard, nuestro gran orador, nuestro célebre publicista. Este libro que no puede fallar de abrir al autor las puertas de la Academia de ciencias morales y politicas, titúlase *La Unidad.*

"El señor Reynard demuestra de una manera irresistible que todos los sufrimientos y todas las revoluciones de la Francia provienen de una causa única: la debilidad de la centralizacion. Hoy que los caminos de fierro y los telégrafos han suprimido la distancia, la Francia, el pais modelo, puede al fin hallar una constitucion que le permita llenar sus grandes destinos.

"El autor reune el poder espiritual y el poder temporal en las mismas manos, secreto admirable para acabar con las disensiones que despedazan el mundo hace quince siglos. Suprime los consejos municipales, los consejos jenerales, las cámaras, la prensa y todos esos medios de oposicion, escusables talvez en una época crítica, en una edad de lucha y de transicion, pero que no tienen razon de ser en un siglo orgánico como el nuestro y con la primera raza centralista del globo.

"Un solo hombre, un papa civilizador, colocado en el foco del Estado, teniendo en su gabinete el nudo de la red telegráfica, gobernará toda la Francia con su infalible é irresistible voluntad. Órgano de la soberania popular, será la democracia personificada, la nacion hecha hombre. Desde entonces ya nada podrá trabar el progreso; todas las divisiones habrán cesado; todas las cabezas de la anarquia serán cortadas de un solo golpe.

"Cuando se entra en los detalles, es imposible no sentirse seducido por la sencillez del sistema. Es la señal de todas las grandes invenciones. En adelante ya no habrá en Francia mas que una alma y un pensamiento. El pais entero será una grande é injeniosa mecánica, conducida y regulada por un solo motor. ¿Quién podria turbar esta grande armonia formada por el acorde de una sola nota?

"Un mismo despacho, repetido en los cuarenta mil caminos, trasformará cuarenta millones de ciudadanos de la noche á la mañana. "Trabajad," dirá el telégrafo; y acto continuo habrá trabajo para todo el mundo. "Sed instruidos," y la ignorancia cesará. "Sed virtuosos," y la bolsa se cerrará. "Sed felices," y nuestra ventura quedará hecha.

"Es increible que la humanidad haya vivido tan largo tiempo sin realizar este descubrimiento maravilloso, que inmortalizará el nombre del señor Reynard. Pero qué! el vapor es de ayer, y el telégrafo eléctrico es de hoy! Nuestros reyes ademas han tenido el sentimiento de esta verdad que un hombre de jenio pone en plena luz. Sin curarse jamas del derecho ni de la justicia nuestros grandes soberanos siempre abatieron las resistencias que los molestaban; por esto es que la historia admira á los Francisco I, á los Richelieu, á los Luis XIV y los Napoleon. Saint Simon entrevió esta hermosa reforma; pero la gloria de ser su profeta corresponde por entero al ilustre y profundo Reynard. No hay un frances que no le envidie su descubrimiento y su triunfo."

—Ay de mí! el señor Reynard se pasea libremente; se le admira, se le envidia; es mas que un filósofo, es un grande hombre, y yo soy un loco!

—¿Qué veo aquí? el nombre de mi verdugo. ¿Qué ha podido hacer este intrigante? Leamos:

"Ayer la academia de medicina recibió una comunicacion del mayor interes. Una de nuestras eminencias de la medicina, el célebre alienista Olybrius, leyó una memoria sobre el espíritu, el jenio y la locura. Demostró que por efecto del nudo simpático que une en nosotros las funciones del cerebro á los del estómago, este órgano es el que en último resorte produce y domina todas las fuerzas nerviosas que el vulgo llama *facultades.*

"El espíritu es una neurósis, el jenio una gastritis crónica y la locura una gastrítis aguda. En apoyo de su sistema, el doctor citó un ejemplo de los mas curiosos. En este momento tiene entre manos uno de los casos mas preciosos para el esperimento. Es cierto doctor L., que en su locura se imajina que ha sido trasportado á América súbitamente, y que ha permanecido allá una semana entera.

"En el delirio del pobre hombre hay una mezcla de alucinaciones, de recuerdos y de ideas orijinales que el doctor Olybrius sigue y observa con el mayor cuidado. La enfermedad es aguda en el mas alto grado. El sabio Olybrius no desespera de reducirla al estado crónico y de trasformarla á fuerza de sangrias, de chorros de agua fria y por medio de una alimentacion habilmente arreglada. Si logra su objeto, está resuelto el problema. De un loco curado á medias se hará un hombre de jenio.

"Así que esté terminado el ensayo, el sabio alienista

pondrá el caso ante la academia. Es inútil hacer notar las consecuencias de tan prodijiosa invencion. La Francia carece de grandes hombres, cuando nada le seria mas fácil que el fabricarlos y proveer de ellos al mundo entero. Tan solo en Charenton hay tres mil enfermos que con un buen réjimen y en menos de seis meses podrian ser trasformados en poetas, en músicos, en artistas de toda especie. Hay allí á centenares Mozarts y Rafaeles ignorados.

"Esta lectura sembrada de rasgos picantes y de palabras injeniosas, fué escuchada en un profundo silencio, con frecuencia interrumpido por murmullos lisonjeros. No es posible tener mas injenio que el doctor Olybrius: al oirle, temeriamos por su salud; pero al verle nos tranquiliza la solidez de sus músculos y el vigor de sus pulmones."

—Tres veces nécio! esclamé; menos tonto sin embargo que los que te escuchan! eres un sábio, un académico, un filósofo, y yo que te silbo soy un loco!

—No, no volveré á esa sociedad vanidosa que tiene miedo de la verdad, y que es atrapada con el espejo como la alondra, deslumbrándola. Si la turba me rechaza, yo á mi vez la destierro de mi pacífica morada: la soledad me devuelve la libertad. Aquí quiero vivir y morir, consolado por el evanjelio, rodeado de esos viejos amigos que son siempre fieles, que no mienten jamas: Sócrates, Demóstenes, Ciceron, Dante, Cervantes, Luis de Leon, Milton. A vosotros tambien, poetas, oradores, ciudadanos, los hombres os han desdeñado, maldecido, espulsado, aherrojado, asesinado. Locos y sediciosos durante vuestra vida, habeis sido sábios y patriotas despues de vuestra muerte. El mundo erije altares á las víctimas que ha sacrificado. La historia de la humanidad es la historia de los mártires.

—¿Por qué no he de tener mi hora? Si es cierto que no soy un grande hombre, ¿no es verdad que he defendido una causa grande? Quien sabe si mi pais, hastiado de las insulseces que lo enervan, no me perdonará mi rudeza y mi acritud? "Lo que sabe amargo al paladar es dulce al corazon," dice un proverbio; lo mismo es con la verdad. Ella es sana como el olor de las yerbas y de los bosques, como el viento que pasa por las cimas frias y los mares; todo aquel que ha vivido respirando ese aire puro se ahoga en las hondonadas y los pantanos.

—Yo espero sin esperanza, estoy loco. Si fuera cuerdo, haria lo que hacen los hombres diestros, me resignaria y gritaria con la turba. No quiero esas alegrias que entristecen, quiero mas mi prision y mis ensueños.

—Todas las mañanas, en el silencio de mi pobre celda, me consuela una vision. Percibo á lo lejos cimas que blanquean; es la aurora que se levanta, la aurora de un dia que yo no veré; pero ¿qué importa? ¿Qué punto luminoso es aquel que hiende el horizonte y parece arrojar la sombra que huye? Es la nueva Jerusalen, la ciudad del porvenir.

Allí todo está cambiado; los últimos vestijios del Estado pagano han desaparecido; el individuo manda, es rey. Respetado de todos como él respeta, él es único señor de sus acciones, único responsable de su vida; nada tiene que temer de las leyes.

La iglesia ha reconquistado la independencia evanjélica, ha quebrantado la cadena adúltera que para desgracia del mundo le impuso Constantino. Vuelta á su divino esposo, es ella el freno, el consuelo y la esperanza de todas las almas; el Evanjelio es la carta de la libertad.

Derramada á manos llenas, la educacion abre los corazones á la verdad; la caridad, obra de todos, abre camino á ese instinto de union, á esa necesidad de accion comun, que constituye la grandeza de las sociedades.

La provincia ha vuelto á tomar su antiguo vigor; el amor de la pequeña patria dobla el amor de la grande fortificándole. La comuna ha roto los lazos que la encadenan; ella vive, obra; llama y retiene á sus hijos cerca de sí. El *Times* no es ya el órgano de la Francia; la prensa es libre; cada cual dice lo que piensa y piensa lo que dice:

Encerrado en sus límites el Estado no es ya mas que un beneficio. Fuera es la espada del pais, dentro es la ley, ni mas ni menos. Verdad, justicia, libertad, vosotras brillais en ese nuevo cielo, como astros pacíficos; ante vosotras se han eclipsado los flajelos de la vieja Europa: la arbitrariedad, la intriga y la mentira. La Francia, dichosa y altiva, dilátase en la abundancia y la paz, es el ejemplo y la envidia de las naciones; allá sí que es grato morir, allá sí que morir es dulce.

—Hé ahí mi sueño; él echa en mi prision no sé qué serena luz que da calor á mi corazon. Cuán hermoso dia será aquel en que caidas las máscaras, los locos sean sábios y los sábios locos! será entónces, hácia el año 2000, que piadosos peregrinos, numerosos como hormigas, visitaran la celda donde, nuevo Daniel, anunciaba yo lo venidero.

Tambien entónces algunos curiosos, algunos eruditos que trabajan siempre no haciendo nada, buscaran bajo los escombros del pasado lo que podia ser cierta variedad de franceses del siglo diez y nueve, variedad perdida para siempre jamas como el perro dogo, eterna pesadumbre de las porteras. Se preguntaran qué cosa era el devorador de jesuitas, el calzon de cuero, el inventor de las razas centralistas, el adorador del Dios-Estado. Y el padre de familia, recorriendo las salas del museo de historia natural, señalará con el dedo á sus hijos asombrados el vaso jigantesco donde, embalsamado en vinagre, con sus cruces y sus diplomas, reposará el último de los Olybrius.

Amen, *amen*, AMEN, AMEN.

CAPITULO XXXV.

Un sábio.

El doctor Olybrius, &a., &a., a la señora Lefebvre.

22 *de Abril de* 1862.

"Querida señora.

"Nuestro pobre amigo ha sufrido mucho; va un poco mejor; bebe, come, duerme; ya no tiene voluntad, que es lo esencial.

"La crísis ha sido terrible. En cuanto quisimos asistirle se puso furioso. Este es uno de los síntomas mas característicos de esa funesta enfermedad. El frances es por naturaleza blando, amable, pulido, siempre pronto á hacer lo que sus maestros, sus amigos ó su mujer le ordenan. Véase sinó la historia de nuestra gloriosa Revolucion. Para salvar á la Francia é inocularle el amor de la igualdad, de la justicia y de la fraternidad, la Convencion puso fuera de la ley á todos los franceses. Ella los arruinó, los espulsó, los deportó, los metralló, los fusiló, los guillotinó. ¡¡Hubo uno solo que resistiera! Y hay en el dia nada que sea mas popular que aquella inmortal asamblea!

"Mas ay! desde que la locura le domina, el frances se vuelve malo y voluntarioso. Si le detienen resiste, si le encierran se subleva; no piensa y no habla mas que de libertad. Tal es la degradacion moral é intelectual que trae una violenta neurósis en los individuos debilitados.

"A ese punto habia llegado nuestro pobre amigo. Felizmente para él, yo le cuidaba. Dos abundantes sangrias, tres laxantes enérjicos, chorros helados, hánle devuelto la calma que necesitaba. Creo que la enfermedad sale del periodo agudo; al hacerse crónica dará resultados sorprendentes, en los cuales cifro la esperanza de mi reputacion.

"En este momento está tranquilo; se ocupa en borronear, prueba dolorosa y harto cierta de que todavía está lejos de la cura. Remito á usted ese fárrago que él titula *Paris en América*. No he querido quitarle nada, ni aun las mismas injurias que me dirije y que caen á mis pies.

"Caballero de veintisiete órdenes, miembro de treinta y tres academias estranjeras y de ochenta y dos sociedades de provincia, mi nombre nada tiene que temer del tiempo ni de la envidia. La Francia siempre ha venerado á los Olybrius. Guárdese usted sin embargo de circular ó de imprimir locuras semejantes; nada es mas con-

tajioso que la quimera: el cerebro del hombre es débil, la neurósis es una enfermedad de que es preciso desconfiar.

"Conserve usted esos papeles, que serviran para hacer pronunciar una interdiccion muy necesaria. Yo no supongo que un francés razonable, que conozca á su pais y á su siglo, pueda leer dos pájinas de esos desvarios sin declarar que su autor es loco y que es urjente encerrarle.

"Contraigámonos á usted, señora mia, permítame usted que toque un punto delicado. Sensible como es usted, le son indispensables los mayores miramientos. Vuelva usted al mundo, alimente relaciones, trate usted de distraerse, pues el fastidio seria mortal. Le ordeno distracciones y placeres. Vuelva usted á la vida, acostúmbrese usted á una independencia y á una soledad que todos sus amigos trataran de endulzar.

"No abrigue usted vanas esperanzas; esas son emociones quedebilitarian su salud ya harto quebrantada. El pobre doctor no volverá nunca á su casa. Cualquiera que fuese la forma que tome su enfermedad, aun cuando viniese á ser una locura literaria que semejase al jenio, siempre ha de ser prudente y necesario retener á un hombre tan peligroso para su familia como para la sociedad. Puede usted creerme, señora mia, la ciencia es infalible, y un Olybrius no se equivoca nunca. La locura de amor cúrase mientras uno es jóven, á los viejos les cuesta la vida. La locura de ambicion cede á veces á la edad y al desprecio de los hombres. La locura de libertad no se cura nunca.

"Quedo, señora mia, á los pies de usted." &a.

Fin.

MARTIN RIVAS

NOVELA DE COSTUMBRES POLITICO-SOCIALES

Por Alberto Blest Gana.

(empieza en la paj. 637.)

—Mira, nunca me habia atrevido á hacerte esta pregunta. Tu me dijiste hace tiempo que amabas á Rafael; luego te negaste á toda confidencia y despues te ví preparar tus vestidos de novia para casarte con Adriano. ¿A cual de los dos amabas? A ver, cuéntame lo que ha sucedido. Ya hace mas de un año que murió tu novio y me parece que es bastante tiempo para que estes haciendo papel de viuda sin serlo y el de reservada con tu mejor amiga. ¿Me dices que no amabas á Adriano?

—No.

—Entónces, no habias olvidado á Rafael.

—¿Podia olvidarle? y puedo acaso ahora mismo? contestó Matilde, en cuyos párpados asomaron dos lágrimas, que ella trató de reprimir.

—¿Y por qué le abandonaste entónces?

—Tú conoces la severidad de mi padre.

—Al! á mi no me obligaria nadie, esclamó Leonor con orgullo, y ménos amando á otro.

—Si no hubieras amado nunca, como sostienes, no dirias esto último, replicó Matilde.

—La verdad; nunca he amado, á lo ménos, segun la idea que tengo del amor. A veces me ha gustado un jóven; pero nunca por mucho tiempo. Ese empeño con que los hombres exijen que se les corresponda, me fastidia. Encuentro en eso algo de la superioridad que pretenden tener sobre nosotras y esta idea hace replegarse mi corazon. Aun no he encontrado al hombre que tenga bastante altivez para despreciar el prestijio del dinero y bastante orgullo para no rendirse ante la belleza.

—Yo jamás me he hecho reflexiones sobre esto, dijo Matilde: amé á Rafael desde que le ví y le amo todavia.

—¿Y has hablado con él, despues que la muerte de Adriano te dejó libre?

—No, ni me atreveria á hablarle. No tuve fuerzas para desobedecer á mi padre, y así tiene derecho para despreciarme. A veces le he encontrado en la calle: está pálido y buen mozo como siempre. Te aseguro que me he sentido desfallecer á su vista, y él ha pasado sin mirarme, con esa frente altanera que lleva con tanta gracia.

Leonor oia con placer la exaltacion con que su prima hablaba de sus amores y pensaba que debia ser mui dulce para el alma ese culto entusiasta y poético que llena todo el corazon.

—De modo que crees que ya no te ama, dijo.

—Así lo creo, contestó Matilde, dando un suspiro.

—Pobre Matilde! Mira, yo quisiera amar como tú, aunque fuera sufriendo así.

—¡Ah tu no has sufrido! no lo desees.

—Yo preferiria mil veces ese tormento á la vida insípida que llevo. A veces he llorado, creyéndome inferior á las demas mujeres. Todas mis amigas tienen amores y yo nunca he pensado dos dias seguidos en el mismo hombre.

—Así serás feliz.

—¡Quien sabe! murmuró Leonor pensativa.

Un criado anunció que el té estaba pronto, y todos se dirijieron á una pieza contigua á la que ocupaban los jugadores de malilla.

Dijimos que estos eran tres con el dueño de casa. Los dos otros eran un amigo de don Dámaso llamado don Simon Arenal y el padre de Matilde don Fidel Elias. Estos últimos eran el tipo del hombre parásito en politica, que vive siembre al arrimo de la autoridad y no profesa mas credo político que su conveniencia particular y una ciega adhesion á la gran palabra *órrden* realizada en sus mas restrictivas consecuencias. La arena política de nuestro pais está empedrada con esta clase de personajes, como pretenden algunos que lo está el infierno con buenas intenciones, sin que pretendamos, por esto, establecer un símil entre nuestra política y el infierno, por mas que les encontremos muchos puntos de semejanza. Don Simon Arenal y don Fidel Elias aprobaban sin exámen todo golpe de autoridad, y calificaban con desdeñosos títulos de revolucionarios y demagogos á los que, sin estar constituidos en autoridad, se ocupan de la cosa pública. Hombres serios, ante todo, no aprobaban que la autoridad permitiese la existencia de la prensa de oposicion y llamaban á la opinion pública una majaderia de "pipiolos", comprendiendo bajo este dictado á todo el que se atrevia á levantar la voz sin tener casa, ni hacienda, ni capitales á interes.

Estas opiniones autoritarias, que los dos amigos profesaban en virtud de su conveniencia, habian acarreado algunos disgustos domésticos á don Fidel Elias. Doña Francisca Encina, su mujer, habia, leido algunos libros y pretendia pensar por sí sola, violando así los principios sociales de su marido, que miraba todo libro como inútil, cuando no pernicioso. En su cualidad de letrada doña Francisca era liberal en política, y fomentaba esta tendencia en su hermano á quien don Fidel y don Simon no habian aun podido conquistar enteramente para el partido del órden, que algunos han llamado con cierta gracia, en tiempos posteriores, el partido de los *enerjistas*.

Sentados á la mesa del té todos estos personajes, la conversacion tomó distinto jiro en cada uno de los grupos que componian, segun sus gustos y edades.

Doña Engracia citaba á su cuñada la escena de la comida, para probar que Diamela entendia el frances, á lo cual contestaba doña Francisca citando algunos autores que hablaban de la habilidad de la raza canina.

Leonor y su prima formaban otro grupo con los jóvenes; y don Dámaso ocupaba la cabecera de la mesa con su amigo y su cuñado.

—Convéncete Dámaso, deciale don Fidel, esta sociedad de la Igualdad es una pandilla de descamisados que quieren repartirse nuestras fortunas.

—Y sobre todo, decia don Simon, á quien el gobierno nombraba siempre para diversas comisiones, los que hacen oposicion es porque quieren empleo.